# LITERATURA PORTUGUESA

## JOÃO DE DEUS

Juan de Dios es para Portugal lo que Víctor Hugo para Francia y Zorrilla para España: El poeta popular, el que conmueve el alma de la nación, aquél cuyas rimas están en boca de todos y al que todos aman.

En su poesía, sin embargo, no se puede comparar con ninguno de ellos, porque Juan de Dios es portugués; genuinamente portugués, y la poesía difiere, aunque precisamente esto es una semejanza, porque Hugo y Zorrilla fueron también poetas nacionales. Si se escribiera un paralelo, no entre la poesía, sino entre los espíritus de Zorrilla y Juan de Dios, se vería cuántas afinidades se encuentran. La vida fué injusta con ambos.

Juan de Dios es hijo del Algarve, de la tierra de sol, donde florece el almendro, tierra de cultura europea y de naturaleza africana, que imprime un fuerte sello en el alma de sus hijos. Allí nació, en San Bartholomeu de Messines, el 8 de marzo de 1830. Diez y nueve años de su vida pasó en ese país, concentrando en su alma la poesía que se desprende de su ambiente cálido, de su cielo azul, del mar que desde la fronteriza costa africana viene a bañar sus playas, dotadas de fantásticas rocas volcánicas, que recuerdan la religión de gigantes de la Escandinavia, y los cataclismos zoológicos, que partieron como vidrios las montañas. La primera instrucción la debió al cura de San Bartholomeu, que era una especie de cura de Santa Cruz, un guerrillero, el cual, siempre que encontraba al niño, le decía:

—Tú, so granuja, le haces el amor a *mi muchacha*... Mira que un día vamos a ajustar cuentas.

La muchacha del buen padre de almas era su ama, mu-

jer madura y guapetona, a la que le gustaba el adolescente, y le distinguía con obsequios y atenciones que traían a Juan de Dios en constante sobresalto. Anciano ya, contaba él la anécdota de una tarde en que el ama le envió a decir que fuera por la ribera hasta la huerta a comer ciruelas. A pesar de su miedo, fué. Allí estaba el ama, que empezó a echarle ciruelas por encima del muro. En los primeros momentos, el muchacho sólo se ocupó de comer; pero ya satisfecho, se acordó del cura, que podía aparecer y darle un mal rato. Se tapó la cara y dijo: «No me eche más ciruelas, que yo soy Antonio Clemente», un vejete tuerto, del lugar. El ama quedó furiosa, y el muchacho no se atrevió a volver más por allí.

Su padre, un acomodado comerciante, que gastó toda su fortuna en la educación de sus dos hijos, dispuso de su suerte a su capricho, con ese concepto de *propiedad* sobre los hijos de los padres a la usanza antigua. El mayor, Antonio del Espíritu Santo, fué destinado al sacerdocio y Juan de Dios a la abogacía. Entonces Juan de Dios pasa del Algarve a Coimbra.

Coimbra es la verdadera capital espiritual de Portugal. En la vieja ciudad histórica quedan flotando todos los ensueños juveniles. Allí es donde se forman todos los hombres de valer, donde hacen sus armas para la vida. Jamás pueden olvidarse esos años mozos, llenos de esperanza y de ilusión, cuyo recuerdo queda unido al recuerdo de Coimbra. Es en esa ciudad sagrada donde está la fuente del lirismo amoroso que desde tan antiguo cultivaran Sá de Miranda y Antonio Ferreira. En la augusta soledad de la ciudad vieja se inspiró Camõens en el idealismo petrarquista, y sintieron los primeros impulsos de su vocación artística Jorge de Montemayor, Garção, Rodríguez Lobo y Garrett, sin interrumpirse la gloriosa tradición en Anthero de Quental, Eça de Queiroz, Eugenio de Castro y tantos otros como allí sintieron la iniciación de su genio o su talento.

Juan de Dios pasaba casi inadvertido entre sus turbulentos condiscípulos. Su alma, plena de arte, fluctuaba buscan-

do su medio de expresión: Unas veces eran inspirados y satíricos dibujos a pluma, otras admirables improvisiciones en su inseparable guitarra, otras elocuentes y pintorescas ocurrencias en la conversación. Él pasaba el tiempo deambulando por las calles románticas en las noches de luna, o por los poéticos alrededores, vago e indolente, seguido de grupos de compañeros que lo admiraban, y arrancando cantos a su guitarra como un trovador del medioevo. Su espíritu libre no podía tolerar ni la disciplina escolar ni la pedantería de ciertos profesores. Pasaban años y años sin aprobar sus disciplinas, y solía decir: «Esto necesita tantos años como la guerra de Troya.»

En su alma vivía el artista, a la vez músico, pintor, orador y poeta; pero sólo era conocido el trovador, bueno y satírico a un tiempo, siempre alegre, jovial y sencillo, al que todos conocían por *Juan* y al que seguían y adoraban.

Su primera poesía seria brotó a impulso de su primer dolor. Se la arrancó el sentimiento que le produjo la muerte de una hermosa joven, hija de respetable familia de Coimbra, a la que admiraban todos los estudiantes. Él amababa en silencio aquella bellísima criatura, Raquel Cándida de Nazareth; ella fué su Beatriz o su Laura; la composición *Oración*, dedicada a su muerte, la repetía con lágrimas la Universidad entera. Aquellas bellas estrofas lo acreditaban ya de gran artista, pero él no sentía el deseo de trabajar.

Sólo a ruegos de sus amigos consintió en escribir en la revista *Estreia Litteraria*. Y desde este momento la poesía lo absorbió por completo. La carrera no se acababa nunca; veía pasar nuevas generaciones de estudiantes que lo amaban y admiraban sus versos. Se dormía en una pereza inconcebible, leyendo Camoens, Hugo y los versículos de la Biblia, oyendo las canciones del pueblo y las melodías de los cantos y danzas populares. No se tomaba ni el trabajo de escribir. Medio tendido, iba improvisando versos, que copiaban sus amigos, los cuales, con el fin de darlos a conocer, fundaron el periodiquito *O Tira-Teimas*, al que co-

pió toda la Prensa del país, y el público en general admiró al gran lírico.

Pero no era sólo poeta lírico Juan de Dios; su espíritu tenía otras admirables facetas. Era un crítico y polemista formidable, que poseía una serenidad y una gracia natural. La vena satírica era grande, y sabía apuntar y dar certeramente en el blanco, cuando hacía a alguien objeto de su crítica.

Así él fué quien, al decir de una autoridad como Teófilo Braga, puso la primera piedra en el nacimiento de la escuela revolucionaria de Coimbra con su célebre carta a Avelino de Souza *Os Lusiadas e a Conversaçao Preambular*, en la que sale a la palestra el primero, para combatir a Antonio Feliciano de Castilho, que, elogiando el *Don Jaime*, libro menos que mediocre, dijo la herejía artística de que «en la generación moderna no habría nadie que quisiese firmar una estrofa de *Os Lusiadas* de Camoens».

Juan de Dios lo deshace, lo tritura, con razones y con sátiras llenas de gracia. Por cierto, que en esta carta hay frases de Juan de Dios llenas de cariño para España, acusando al *Don Jaime* de ser hijo «del odio de Portugal a Castilla, ya hoy contra el espíritu de fraternidad universal».

Muchas sátiras y críticas admirables hay de Juan de Dios en artículos de periódico y en versos, como el pequeño poema heroi-cómico *O Pires de Mermelada*. En prosa, no era su estilo inferior que en su poesía.

Poco a poco se delinea su gran individualidad y su manera original. Se hace inconfundible, y merece el título de *El Poeta del Amor*.

El gran amor que lo enciende lo abarca todo y se lo inspira todo. Es un San Francisco de Asís, que vive en otro siglo y en otro medio; pero dentro de su sencillez y de su pasión, más humana, Juan de Dios es, ante todo, un gran místico. Su biógrafo, el difunto escritor Reiss Damaso, dice que en Juan de Dios «el amor es una emoción ideal, la aspiración vaga de su alma, la llama latente, como el se-

creto de los trovadores provenzales; la pasividad mística, como la expresaron San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús y Fray Luis de León, los grandes místicos del amor divino».

El ilustre filólogo y poeta italiano Marco Antonio Canini, en su antología *Libro dell'Amore*, dice: «Considero como el primer poeta amoroso no sólo de Portugal, sino de toda Europa, a Juan de Dios, que es afectuoso, tierno y original.»

Él ha idealizado lo divino y lo humano. Sus rimas a la Virgen son dignas de aquellos versos de Petrarca:

«Vergine pura, d'ogni parte intera,
del tuo parto gentil figlinola e madre.»

Él dice:

D'olhar fito n'essa olhar,
de olhos fitos n'esses olhos,
não ha baixos, não ha escolhos
n'este mar!

Vem a onda, sobrevem
nova onda, e nada teme
quem te vê guiando o leme
virgem Mãe!

. . . . . .

Por feroz que esteja o mar
n'um momento forma um lago;
basta só um reflexo vago
d'esse olhar.

Su poesía tiene la gran armonía de la poesía mística del siglo XVI. Su traducción del *Cantar de los cantares*, es una obra tan perfecta, tan llena de color, de luz, de perfu-

me, que se respira todo el amor y la voluptuosidad del pueblo hebreo. No es una traducción, es una resurrección.

Se observa este misticismo amoroso en él desde la primera poesía a Raquel Cándida de Nazareht, «Lirio delicado, tierna flor», hasta la última que escribió.

Concibe el amor de este manera altísima:

Amor é a palavra, o brado eterno
solto por Deus ao vêr já feito o mundo,
que fez tremer os carceres do inferno,
e o sol ficar da côr d'un moribundo:
a primavera, estio, outono, inverno,
terra, céo, alma pura, bicho inmundo,
tudo ahi cabe á larga de tal modo,
que n'essa concha Deus se fecha todo.

Amor enrola a nuvem na montanha
e espalma a onda em praia que nao sente,
ata ao raio do sol o fio de aranha,
e humilha ao conductor o raio ardente.
Quanto na rêde immensa a vista apanha,
tudo que jaz, e cresce e vive e sente,
de Deus brotou n'um jorro de bondade,
e pode amar-se em espirito e verdade.

Su sentimiento amoroso, lo expresan bien las dos poesías que doy a continuación, traducidas por el ilustre poeta Miguel Jiménez Aquino:

?

No sé lo que de vago,
de incoercible, de puro,
el vuelo, en que divago,
tiene, al buscarte, amor!
El vuelo en que procuro

el bálsamo, el aroma,
que si una forma toma
es de impalpable flor!

Oh, cómo yo te aspiro
en el ciclón agreste!
Oh, cómo yo te admiro
en el desierto mar!
Cuando el azul celeste
descansa en su llanura
igual que en mi amargura
descansa tu mirar!

Qué plácida armonía
eleva lentamente
mi loca fantasía
a insólita región!
Aquel grito rugiente
del mar en las cavernas
me suena a voces tiernas
de mística oración.

Este mundo en redondo
parece inmenso templo!
Ya el mar no tiene fondo
ni el cielo, que te vió.
Lo que en todo contemplo
lo que no falta en nada,
eres tú... es tu mirada.
El mundo eres tú... y yo!

# ADORACIÓN

Tu lindo rostro viendo,
ese rostro sin par,
lo contemplé, de lejos, quedo y mudo,
como quien vuelve de ostracismo rudo,
y en el aire ascendiendo
ve el humo de su lar.

Vi ese mirar certero
de flúido sin igual;
süave como lámpara sagrada,
bienhechor como luz de madrugada
que asoma al marinero
después del temporal.

Vi ese cuerpo de ave
que me parece ir
llevado como Sol o como Luna,
sin poderle igualar belleza alguna,
majestuoso y suave,
por cielos de zafir.

Me atrajo, y no por eso
logré mirarlo bien;
porque esparce tu faz una luz santa,
una luz que me prende y que me encanta
como el santo embeleso
del materno sostén.

Tiemblo, apenas presiento
tu hermosa aparición.
Si acercase los míos a tus ojos,
no podría evitar caer de hinojos.
No es amor lo que siento:
es una adoración.

Las alas providentes
de tu ángel tutelar
te abriguen siempre con su sombra pura.
A mí me basta sólo esta ventura
de ver que me consientes
desde lejos... mirar!

No cayó Juan de Dios en el lirismo ultraromántico, de tristeza exagerada, en que prodomina un afectado sentimiento religioso, a imitación de Lamartine, que vició profundamente el lirismo portugués, y a cuya escuela pertenecieron Juan de Lemos—el más notable de todos—, los hermanos Serpas, Cordeiro, Augusto Lima y otros muchos.

Su personalidad fuerte lo libró también más tarde de la tendencia de imitar a Víctor Hugo y Musset, con las exageraciones de Alexandre Braga, Soaues de Passos y Bulhão Pato; como no pagó tributo al satanismo de Byron, ni al simbolismo a los parnasianos.

Su alma estaba llena de la poesía popular, su intelecto de los sonetos de Camõens, al que debía la comprensión del amor platónico y de la belleza poderosa del verso endecasílabo. Juan de Dios vuelve el prestigio al soneto clásico, y resucita corrientes que parecían extinguidas, como la redondilla amorosa de Christovam Falcão y de Bernardim Ribeiro, de los cuales tiene el encanto y la sencillez. Quizá el mayor mérito de Juan de Dios está en que su poesía no es artificiosa, canta como cantan los pájaros, el verso es su idioma natural, habla en verso como cada ciudadano habla su lengua. No necesita pensar en preceptivas, y carece en absoluto de pretensiones literarias.

Compone versos constantemente porque piensa en verso. No los escribe la mayor parte de las veces, los recita recostado en una silla o paseando por la habitación, al mismo tiempo que llena las paredes de esbozos hechos a lápiz. Cuando se pone a escribir dibuja siluetas, fisonomías conocidas, a veces en el margen de un periódico, en un papel cualquiera, con un trazo maravilloso. Él ha dejado

su mejor retrato, hecho por él mismo, pues se quejaba de que siempre le estropeaban los dibujantes la nariz. Una vez consintió en dejarse retratar por el ilustre Columbano, pero no llegó jamás el momento de posar.

Se ha hablado mucho de la gran predilección a pintar Cristos, con un detallado estudio anatómico. Un día una señorita le envió un álbum con un Cristo comenzado para que Juan de Dios lo terminara. Él borro lo dibujado con la goma, y devolvió el álbum escribiendo, en aquella página en blanco, el sagrado versículo:

*Non est hic: surrexit.*

Aquella costumbre de no escribir las poesías hace que algunas aparezcan con variantes y otras se hayan perdido.

Cuando Juan de Dios deja a Coimbra, vaga tristemente por varias ciudades, se detiene en Beja, y va luego sin rumbo, una semana aquí y otra allá, a casa de sus amigos, sin acordarse para nada de que tiene el título de abogado. Es el verdadero trovador errante.

Al fin vuelve al Algarve, se entrega todo a la poesía y al amor; va de Messines, su tierra natal, a Silves, a Partimão, a Manchique. Su gran alma se henchía de sol y de luna. Como Leopardi, Juan de Dios era un enamorado de la luna. Sus amigos cuentan que cuando salía a pasear en las noches de luna, se paraba a mirarla, hablaba sólo, decía versos magníficos, y cuando se retiraba a su casa iba en un lamentable estado nervioso: Embriagado de luna. Aquel mar de plata, aquel cielo transparente, aquellos campos de almendros floridos, debían hablar con elocuencia a su corazón de poeta.

En ocasiones escribía sus versos y en seguida los rasgaba encontrándolos inferiores a su concepción, y los echaba al cesto de donde los salvaban, a veces, sus amigos. Él hacía también poesía en la vida, y toda la provincia hablaba de sus galantes anécdotas.

Al fin Domingos Viera, fundador de la Prensa en el Algarve, tuvo empeño en que representara Juan de Dios esa región en el Parlamento. El poeta se opuso, se dió su

nombre sin su consentimiento; el día de la elección lo llevaron a la fuerza al colegio electoral, del que se escapó al primer descuido.

Abiertas las Cortes hizo el sacrificio de ir a Lisboa; pero visto de cerca el escenario político, no tomó la palabra ni una sola vez. Estaba convencido de que era inútil esperar la consecución de ideales superiores, que agitaban su corazón lleno de amor por todos y deseoso de justicia para los débiles y los oprimidos.

No actuó más en la política y conservóse siempre poeta, puro e independiente. Apena pensar que este hombre glorioso tuvo que ganar en Lisboa penosamente su vida durante mucho tiempo ¡cosiendo a máquina! y haciendo insignificantes traducciones del francés, himnos religiosos y cuartillas para un diccionario.

Casado ya, con varios hijos, en una triste situación, su superioridad moral no se desmiente, no se doblega; se siente poderoso viendo a los niños sonreir sobre sus rodillas. Solía decir que su hija era «el segundo tomo de sus poesías».

Él no es poeta llorón; las quejas que se escapan de su pluma son sentidas. A continuación damos otras dos hermosas poesías, traducidas también por Jiménez Aquino:

## TRISTEZAS

En veloz corriente
que me hará rodar
por esta pendiente
camino del mar,

camino de muerte
que me ha de arrancar
el grito más fuerte
que puedo exhalar;

ay de despedida
que daré al dejar
la gente querida,
la patria y el lar,

ya cerca la onda
que me ha de tragar,
aun cuando me esconda
profundo en el mar,

veré noche y día
el aire escalar
el humo que vía
salir de mi lar.

Recuerdos dorados
que doy en soñar!
Mas tiempos pasados
no pueden tornar!

Ruta del que vive,
que me haces rodar,
despacio el declive
déjame bajar.

Que yo voy del mundo
quizá a descansar,
y del mar profundo
nunca he de tornar.

## LAMENTOS

¡Señor: Señor, que nunca un ¡ay! me oiste
en mi dolor!
¡Ay mi vida, ay mi vida, cómo es triste,

Señor, Señor!
Cuando nací, su faz el sol cubría;
cegó porque lo vi;
tiñóse el cielo en sangre, y se ponía
el sol, cuando nací!
De la mañana, blanca era la rosa,
como vellón de lana;
palideció la estrella esplendorosa
de la mañana!
Lejos el mar dejó, león piadoso.
un ¡ay! volar;
por las playas se oyó gemir ansioso
lejos el mar.
Nadie las vió caer, ondas que hervían
y la arena tragó.
Una a una mis lágrimas caían;
nadie las vió.
¡Oh ruiseñor, tu canto se despierta
cuando se pone el sol.
Muéstrame tú, a esa luz, mi tumba abierta,
oh ruiseñor!

Pero Juan de Dios no era sólo artista, era hombre de ciencia, gran matemático, que ha resuelto problemas geométricos complicadísimos, y eminente pedagogo. Su amor a la infancia, su vocación de poeta, su gran ternura, lo impulsaron a hacer el método de enseñanza que lleva su nombre. Él ha hecho su admirable *Cartilla Maternal*, el método de enseñar a leer más racional y fácil que se conoce. Él ha creado las *Escuelas Juan de Dios*, Jardines de la Infancia, más perfectos y prácticos que los de Frebel; él ha creado en Portugal esas *Escuelas Ambulantes*, que llevan la buena palabra por los campos y las aldeas. Lo que inspira todo, así su método como su poesía, es el amor; y admira el amor con que enseñan los maestros penetrados de ese método, y el amor que los discípulos tienen a la escuela.

El nombre de Juan de Dios, como pedagogo, está tan alto como los de Froebel y Restalozzi. Es admirable y debe ser estudiada esa cartilla, ya traducida al francés, adaptándola a su fonética.

Después de resistir una guerra ruin de envidias, sin preocuparse de ellas ni tratar de especular con su método, la *Cartilla Maternal* fué declarada de texto y se crea una dirección general para propagar el nuevo método, nombrando a este efecto a Juan de Dios, con 900 escudos al año.

Es curioso que el primer discípulo de Juan de Dios, con el que ensayó su método, era un negrito de la vecindad, niño avispado e inteligente, que aprendió en poquísimas lecciones.

Eugenio de Castro, el gran poeta, es el que mejor describe la figura de Juan de Dios. Cuenta su llegada a Lisboa para estudiar el Curso Superior de Letras. Entre sus ilusiones de adolescente estaba la de conocer a Juan de Dios. Para él fué su primera visita. Dice: «Aún me veo sofocado e inquieto en aquella modesta salita, esperando que se abriese la puerta y apareciera el poeta de mi mayor admiración. ¡Al fin se abrió la puerta! Entró por ella, no el hombre corpulento y majestuoso que yo imaginaba, sino un hombrecito bajo, cuasi pobremente vestido, sin corbata. Tenía un aspecto de obrero humilde; pero su grandeza interior, su genio y su santidad se traslucían dominadores en aquellos ojos siderales, los más bellos, los más profundos, los más luminosos ojos que he visto en ningún hombre.»

Juan de Dios recibió con su cariño proverbial a Eugenio de Castro, se hicieron amigos, y el joven futuro gran poeta iba todas las noches a la *Tabacaría Brazileira*, donde Juan de Dios tenía su tertulia, no de artistas, sino de burgueses; porque él era asequible para todos, hablaba a todos con la misma cordialidad. Una noche lo esperaron en vano. Eugenio de Castro pensó que el maestro estaría peor del asma y la fatiga al corazón que lo mataron, y corrió desolado a su casa, donde encontró a Juan de Dios pican-

do tranquilamente un cigarro puro. Éste le explicó la causa de su ausencia:

—«¡Qué le hemos de hacer, amigo mío! Esta tarde vino un pobre hombre que necesitaba unas botas para ir mañana al casamiento de su hija. Le di las *primeras* que encontré; pero al anochecer, cuando me preparaba a salir, vi que no tenía *segundas*. Ya puedes comprender que no podía aparecer en la calle en chinelas.»

Tal es este hombre tan admirable en su vida como en su obra, cuya muerte fué un duelo nacional, y que hoy yace en el Panteón de Hombres Ilustres de los Jerónimos.

Heredero de su talento y su virtud su hijo, D. Juan de Dios Ramos, que ha sido recientemente ministro de Instrucción pública, continúa la obra pedagógica del ilustre poeta, a la que se dedica por entero. Es como leer el más bello poema del poeta, hacer una visita a ese riente Jardín-escuela, que dirige su hijo, todo lleno de luz, de amor y de perfume de madre selva.

Nada mejor, como síntesis del sentimiento que inspira Juan de Dios, que estos lindos versos del correcto poeta Alfonso López Vieira:

«En Joao de Deus amemos el dulzor
del maestro, que enseñando sonreía,
y a todos nuestros hijos ofrecía
pan de a. b. c. en rosas de candor.»

CARMEN DE BURGOS
*(Colombine.)*